

A-C.30/1

Panegirico  
DE  
Santo Tomás de Aquino

PROMOVIENDO POR EL

P. FILIBERTO DÍAZ

O. P.

EL DOMINGO 12 DE MARZO DE 1899

EN LA IGLESIA PARRROQUIAL DE SAN JOSE DE MADRID

CON MOTIVO

de la inauguración de las Escuelas de las Hermanas de la Caridad  
y los Colegios de la Universidad Central

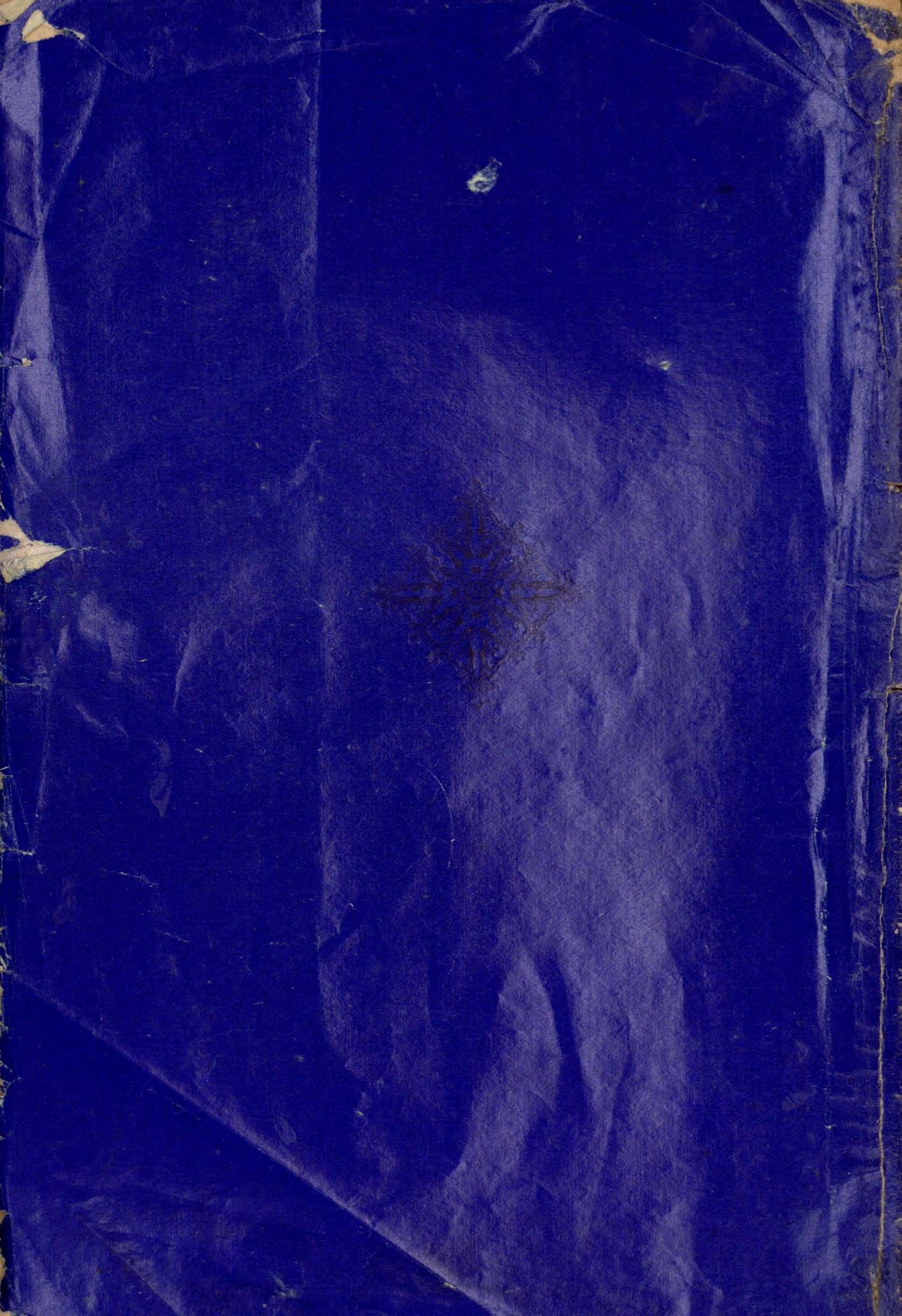
CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE ANGELO D. VELASCO

Travesera de la Puerta, 5.

1899





Panegírico  
DE  
Santo Tomás de Aquino

PRONUNCIADO POR EL  
P. FILIBERTO DÍAZ  
O. P.

EL DOMINGO 12 DE MARZO DE 1899  
EN LA IGLESIA PARROQUIAL DE SAN JOSE DE MADRID

CON MÓTIVO

de la solemne función dedicada al Angel de las Escuelas por cincuenta  
y dos Catedráticos numerarios de la Universidad Central.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

MADRID  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ANGEL B. VELASCO  
Travesía de la Parada, 8.

—  
1899

A-Caja 30/1





*In lumine tuo videbimus lumen.*

(Ps. 35, 10)

*Excmos. é Ilmos. Señores:* <sup>(1)</sup>

*Señores:*

ORONANDO el frontispicio de un célebre monasterio de cartujos, veíase una esfera girando incesantemente alrededor del eje vertical, rematado por una cruz; como aureola, campeaba esta leyenda: *Stat crux dum volvitur orbis.*

¡Qué simbolismo más elocuente y conmovedor! En el globo, rodando de continuo, personificábase el mundo con todas sus alteraciones y variantes; en la enhiesta incommovible cruz, la inalterabilidad del Catolicismo.

---

(1) Arzobispo-Obispo de Madrid Alcalá, Nuncio de S. S. y Obispo de Ciudad Real.

A la manera que un bajel se mantiene fijo y estable dentro de la línea de flotación, á pesar del perpétuo vaivén de las olas que le sirven de sustentáculo; á la manera que nuestra propia personalidad, este *yo* inmanente que en nosotros vive, subsiste siempre idéntico y es el mismo hoy que ayer, y que hace un año, y que hace diez, y que hace veinte, en medio de la periódica renovación molecular y la vertiginosa sucesión de ideas, afectos y sentimientos encontrados; y si lo queréis mejor, á la manera que las cimas de gigantescas montañas ven impasibles desencadenarse la tempestad en las bajas regiones atmosféricas, así y no de otro modo, la doctrina católica, el espíritu de la Iglesia, la fe salvadora, divina, contempla tranquila, siempre una, incorruptible siempre, dotada de juvenil perennidad, todas las alzas y bajas, todas las fases, todos los tonos cromáticos, todas las mudanzas, todas las revoluciones que se cumplen en la pedestre región, abandonada providencialmente á las vanas disputas de los hombres (1).

---

(1) El P. Janvier, en el clásico estudio que hizo acerca de la vida y publicaciones de Taine, dice: «Jamás admitió que una Providencia, síntesis armónica de luz, de potencia, de bondad, gobernará al mundo y á los hombres. En su vejez rechazó el relojero de Voltaire tan desdeñosamente como en su juventud se negó á admitir el arquitecto soberano de Jouffroy y la Providencia de Bossuet.

¡Desgraciado!; todo canta esa suprema sabiduría y esa omnipotente bondad que dispone suavemente el mundo y conduce los seres á sus fines, y él se obstinó en negar encarnizadamente la acción y existencia de la misma. Taine ha estudiado la historia en la cual aparece el gobierno divino esplendente más que el sol en los cielos; los pueblos sajones y normandos han desfilado ante sus ojos, corrigiéndose de salvajes pasiones, de bajos instintos de carne y sangre y al-

¡Qué importan extremosidades científicas en todas las cuestiones con el dogma relacionadas! Respecto del mundo, del hombre y de Dios, triángulo sublime que se cierne en las nubes del pensamiento, podrá el ingenio humano allegar observaciones, aventurar hipótesis, establecer analogías, sorprender íntimas relaciones, idear potentes instrumentos de investigación, poner á contribución nuevos datos, echar por opuestos caminos, arrojarse á temerarios juicios, y después que las pasiones se hayan calmado y el amor propio haya cedido el puesto á la madurez y á la reflexión, y se haya hecho la luz, y el espíritu de secta haya recibido solemne mentís de labios de la misma ciencia, habrá que acudir humildes y respetuosos en los fundamentales problemas de naturaleza, origen y fina-

---

zándose bajo la dirección de la Providencia hasta la virtud y la santidad, y Taine no ha visto á la Providencia! ¡La Iglesia que nació en un establo y en el Calvario ha triunfado del poder y corrupción de Roma, de la sabiduría de Atenas y de Alejandría, de la barbarie de los germanos y de los celtas; ha atravesado la Edad Media, sobrevivido á todas las guerras, á todos los trastornos, al absolutismo de los reyes, al renacimiento pagano del siglo xvi, á la apostasía de Lutero, de Calvino, de Enrique VIII, al odio y á la risa de Voltaire y de Diderot, á la espada sojuzgadora de Napoleón, á las contradicciones incesantes de la ciencia y el excepticismo, y Taine no ha sentido que una mano divina dirigía á la Iglesia y la escudaba!»

Se ha reído de la candidez de Bossuet, y esa teoría de la Providencia, cuestión la que más profundamente ha conmovido á todos los grandes pensadores desde Sócrates hasta Pascal y Jouffroy, no le merece siquiera un examen. Es necesario dejarla «dormir en los infolios medioevales», donde Taine *espera* «que para siempre permanecerá». ¿Se ha extinguido la raza de los Taine?...—(Vid., pág. 551 de la *Revue Thomiste*, año 1893.)

lidad, á la solución tradicional, al acuerdo entre la sana metafísica y el sano empirismo, á la solución católica que revestirá para almas sinceras el triple ascendiente de la revelación, de la prescripción y de la ciencia, al verla sancionada y coronada por la autoridad de la razón y de la fe y todo el peso de espléndida y lozanísima supervivencia (1).

No quisiera ser pesimista ni caer en la vulgar preocupación de que nuestro siglo sea el peor de cuantos le han precedido. Fácil es, por *hacer frases*, colgar á la generación presente los vicios y máculas de nuestros antepasados y negarnos toda individualidad é iniciativa generosa y espontánea. Los eternos encomiadores *temporis acti* alaban en los primeros siglos de la Iglesia la exuberancia de fe que pobló el mundo de mártires, y echan en olvido las formidables herejías que, como cizaña, pululaban entre los nuevos cristianos; ensalzan hasta la epopeya el valor medioeval con sus hazañas legendarias, sin parar mientes en las traiciones y perjurios de que hartos héroes en sus empresas adolecían; ponderan y subliman la religiosidad del siglo XVI, haciendo caso omiso de protestantes é iluminados; y por supuesto, que las extremosidades del si-

---

(1) Guai a chi è solo: *Vce soli!* Quest'anatema divino, piú ancora che nella vita, si awera nella scienza, la quale, segregandose per orgoglioso disprezzo ó per ismania de singularità dal genere umano, smarrisce la sua via e precipita in ogni sorta di errori. Una scienza solitaria è una scienza necessariamente sviata: ella cammina fuori dell'umana natura, fuori dell'umana ragione, fuori dell'umano consorzio, fuori de quella divina luce che illumina ogni nomo ch'entra nel mondo. Tommaso abborri questa scienza disumana, irrationale, selvaggia, tenebrosa, e alle voci dell'umanità e delle umane tradizioni porse sempre docile, sempre innamorato l'orecchio.—(Mauri, *Panegirico de S. Tommaso d'Aquino.*)

glo xvii, y la superficialidad del xviii las encuentran en el xix elevadas á enésima potencia. Ciertamente que hoy no escasean los *fanáticos de las negaciones*; cierto que las divisiones políticas todo lo han contaminado, y el sensualismo en la civilización, la infirmeza en las creencias, la confusión en las costumbres, la inseguridad en las doctrinas, el nihilismo en filosofía parecen ser nuestra característica. Pero reflexionemos, os suplico, sobre tres hechos culminantes que flotan en medio de tan desconsoladores datos.

¿Cuándo ha habido en la Iglesia unión más íntima y apretada con su cabeza visible, con la fuente de la Infalibilidad que en los actuales tiempos? ¿Cuándo ha recibido el dogma confirmaciones más augustas que las que le han aportado los nuevos descubrimientos? ¿Cuándo ha dispuesto el bien de mas eficaces medios de difusión y la verdad ha tenido más veloces alas para volar á todas las regiones del globo y caer allí como benéfico rocío y obligar á la humanidad á convertir los ojos al cielo y confesar á Dios, á quien no veían, pero cuyos ángeles y heraldos de paz tenían ante los ojos?...

No es esto negar un gran pecado de nuestra época; con dolor lo reconozco. Abundan los que se precipitan en el absurdo por odio á lo sobrenatural. El pabellón sirve aquí para rechazar la mercancía. *A priori* se ponen en guardia contra el milagro. Se desdeña la ciencia de los caminos del Señor, sin pensar que quizá tendrán que exclamar algún día apesarados:

*Ergo erravimus á via veritatis (1)...  
et sol justicie non ortus est nobis...*

Nuestro siglo todo lo encuentra grande, según la ma-

---

(1) *Sap.*, v. 6.

teria, y todo se le antoja despreciable, según el espíritu. No le habléis de abstracciones, sólo sabe de hechos; no invoquéis la divinidad, profesa crudo arrianismo; no le mentéis la moralidad, es un producto como el vitriolo y el azúcar (1); la santidad, flor delicada de la virtud, es pura neurosis, meros histerismos; el delito, un caso patológico, fatalismos de herencia; en religión no reconoce otro principio que el manoseado:

*Primus in orbē fecit Deos timor;*

en cuanto al pecado original, por abolirlo, prefieren descender de un mono perfeccionado antes que de un Adam degenerado; á la caridad, dulce palabra que en vano buscariais en el Diccionario del paganismo, la tildan de opuesta al progreso; socorrer al pobre y al desvalido, practicar las obras de misericordia cede en perjuicio del mejoramiento selectivo de las razas; abogan por el poligenismo, á trueque de paliar inhumanas guerras (2)..., y todo por odio á Dios, como Hæckel se acoge á la autogonía por no admitir la creación (3). En labios de muchos científicos

(1) Taine, *Litt. angl. Introd.*, pág. XV.

(2) Recuérdense las notas diplomáticas del Sr. Calhoun, ministro de Negocios Extranjeros en los Estados Unidos, acerca de la naturaleza de los negros.—(Vid. Quatrefag, *Revue des Deux-Mondes*, 19 Diciembre de 1860.)

(3) Hæckel, el gran portaestandarte de la impiedad moderna, consignando el hecho indiscutible de la guerra intelectual que agita hoy á todos los pensadores, se ha permitido afirmar que «de un lado se ve, bajo la flamígera bandera de la ciencia, la libertad del espíritu, la verdad, la razón y la civilización, el desarrollo y el progreso, y en el opuesto campo se agrupan, bajo el estandarte de la jerarquía, la servidumbre intelectual y el error, la falta de lógica y la barbarie de costumbres, la superstición y la decadencia». (*Antropogenia*,

oiréis casi literalmente las palabras que Milton pone en boca del Angel Caído:

... Aunque á la silla  
Que en el cielo he perdido me volviera,  
Y al lado de su trono me pusiera,  
Bastara que viniese de su mano  
El don para que yo lo aborreciera.

(*Paraiso perdido*, lib. 1.º, traducción de Escoiquiz) (1).

De semejante subversión en las ideas son todas esas pasiones en juego, esos intereses en guerra, esas esperanzas

Prefacio, pág. 22.) Y quien dijere lo contrario, miente. Como que semejantes baladronadas son del autor de la *Morfología general de los organismos*, ó séase, como se la ha llamado en Alemania, *La Biblia del transformismo*, y su *Creación natural* fué proclamada por *Evangelio evolucionista*. (Quatref, *Les émules de Darwin*, tomo 2.º, pág., 91.) Pero en el pecado han llevado la penitencia, y ha sido Vogt quien se ha encargado de poner de oro y azul los *dogmas científicos* y clavar en la picota del ridículo el prurito de hablar de herejías darwinistas.

(1) Para que no se crea que exageramos, Vid. *Biblia y Ciencia*, del P. Zeferino, tomo 2.º, pág. 48: «A nombre de la ciencia se ha defendido la esclavitud»; en la pág. 508 del tomo 1.º, cita las extremosidades de Clemencia Royer, la cual «preconizaba el abandono brutal del enfermo y del desgraciado y el sacrificio del débil al fuerte». Vid. también el prólogo del traductor de *Proal*, pág. XXXII: «Si todo se reduce á la mecánica de los átomos, caemos en el determinismo y la virtud será una pura anomalía, y la santidad no es más que el histerismo y muchas veces la locura moral». (Página 196, *Actas del Congreso de París*): «se consideran como anormales á los hombres honrados.» (Albredit, *Congreso de Antropol. de Roma*, págs. 111 y 112): «y al hombre irresponsable por sí de todo lo bueno ó malo que ejecuta»; se admite la criminalidad y moralidad de los animales, y se llega á definir al hombre «un animal de especie superior que produce

en duda, esos problemas en cuestión, esas lágrimas y esa sangre halladas en la entrada de nuestro siglo y que se han reproducido y reproducen á cada momento y que acabarían por convertirse á la salida en el caos de la desesperación, si Dios no se dignase tendernos salvadora mano y fecundando la nada, no hiciera concurrir el mal á la producción del bien y á la muerte para vivificación universal.

Ocurre en la sociedad una cosa análoga al fenómeno que vemos realizarse en la sangre de la clase primera de los vertebrados. Dentro de la gran república celular, los hematíes, factor esencialísimo del tejido sanguíneo, son células muertas y tienen sin embargo la misión de ser los grandes colectores del oxígeno y quienes lo reparten y difunden á través de las intimidades del organismo. Y carecen, precisamente, en los mamíferos de núcleo y de pro-

---

poemas y filosofías á corta diferencia, como el gusano de seda capullos y las abejas hacen sus colmenas» (Taine). En el fondo de esas teorías, que defienden la irresponsabilidad de los actos humanos, por no ser sino formas externas del fatalismo, y los atentados y delitos más graves se miran como resultado de neurosis, epilepsias, anomalías, degeneraciones, sugerencias ó hipnotismo, en la base de tantas disquisiciones, experimentos, estadísticas y argumentación, hay una cuestión teológica, un nuevo método para ir eliminando de la sociedad la savia de la religión, un nuevo plan del ateísmo y anarquismo, para que atrayendo las inteligencias por el aspecto científico y jurídico de la cuestión se las vaya envolviendo en el sudario de todas las negaciones.

No son para olvidar las dudas y perplejidades religiosas que torturaban á Darwin, y sólo Hœckel ha podido vindicar para su raza el privilegio de haberse emancipado de la fe cuando con Goethe debiera decir: «No soy yo quien abandona la fe: ella es la que me abandona á mí.» Terrible verdad para los corifeos y partidarios del Evangelio del *Hombre-bestia*.

tóplasma (1) para que puedan englobar mayores cantidades del agente de la combustión y calorificación y, por consiguiente, de la vida y del movimiento y de todas las energías desplegadas por los órganos. ¡Quién había de decirnos que llevábamos en nuestra sangre confirmación elocuentísima de la gran ley del Evangelio, de la necesidad de la muerte para desempeñar papel importantísimo en la economía viviente, y no esterilizarse en el aislamiento! (2).

Por el bautismo todo cristiano se conspulta con Jesucristo (3), pero cuando se halla uno en presencia de Santos, cual nuestro Protagonista, á quienes no les bastó esa muerte parcial, sino que, tomados de divinas ansiedades, aspiraron á incondicional crucifixión, y murieron para sí mismos y para el mundo y se dieron á encarnar los preceptos evangélicos, apareciendo como ideales (4) de la Iglesia y de su orden, en razón directa de su grado de abstracción y privaciones, crecía su diferenciación histológica y condensaban por su adhesión al Verbo, raudales oxigenantes de verdad y de virtud con que vivificaron y vivifican la trama orgánica del catolicismo.

Por eso, pudo decir muy bien Juan XXII, á propósito de los milagros del Angélico: *¡Quot scripsit articula, tot fecit miracula!* Y en nada aparece mayor el desbordamiento de la bondad increada sobre la fragilidad é impotencia hominales y lo admirable que es el Señor en sus siervos

---

(1) Vid. Cajal, *Hist. normal*, pág. 220.

(2) *Nisi granum frumenti cadens in terra mortuum fuerit, ipsum solum manet, si autem mortuum fuerit, multum fructum affert.*—(San Juan, cap. 12.)

(3) *Consepulti enim sumus cum illo per baptismum in mortem.*—(Ad Galat., cap. III, 27.)

(4) *Idea factus ordinis.*—(Himno de San Luis Beltrán.)

que en la comunicación de esa vitalidad doctrinal, una de las propiedades más relevantes de la Iglesia verdadera.

No esperéis, pues, de mí otro panegírico del Santo. Su vida os la sabéis de memoria. Repetidísimas veces y por labios más autorizados que los míos se os ha hecho la apología de su inmaculada pureza, causa de la sublimidad de su genio; de su estupenda pobreza y humildad que le hizo olvidarse de su alcurnia é ingresar en una orden mendicante y renunciar mitras y dignidades; de su pasmosa obediencia que le ponía á las órdenes del último lego; de su consideración hacia las personas que nos ha valido las portentosas conciliaciones de su sintética ciencia y que jamás haya en sus escritos epíteto ninguno denigrativo para el adversario; de su amor á la verdad que le hacía no perdonar medio alguno para adquirirla y vivir en comunión continua con el Verbo, en quien están todos los tesoros de ciencia y sabiduría escondidos (1); y, finalmente, de todo el conjunto de virtudes teológicas y morales en grado tan heróico que á nadie como á Él puede aplicársele el que Dios fué su porción y su heredad y que otra merced ó galardón no anhelaba sino á Jesús mismo (2).

Pienso hoy dar á mi panegírico un carácter más práctico. Un pensador original ha dicho: «Decidme cuál es vuestra metafísica; yo os diré lo que son vuestros pueblos»; y Descartes ha podido añadir: «Nada hay que más aparte á los espíritus débiles del camino de la virtud, después del ateísmo, que el suponer al alma de los animales igual á la nuestra y por ende que nada tenemos qué temer ni qué esperar para otra vida; como las moscas y las hormigas» (3).

(1) *Coloss.*, II, 3.

(2) Palabras de Santo Tomás á Jesús: *Non aliam (mercedem), Domine, nisi teipsum.*

(3) *Disc. sur le method.*, V part.

Análogamente Pascal encontraba peligrosísimo enseñar demasiado al hombre cuán parecido es á la bestia sin ponerle de relieve su grandeza. Y D'Alembert, abundando en las mismas ideas, juzgaba un mal gravísimo atenuar la diferencia que el Creador ha juzgado oportuno establecer entre la bestia y el hombre. Santo Tomás en la *Suma Contra Gentes*, ya había dicho: *Error circa creaturas in falsam redundat de Deo scientiam* (1).

Harto sabemos á qué obedece ese tenaz empeño de animalizarnos que han demostrado los Vogt, los Reichenbach, los Mortillet... mas todo en vano (2); jamás despojarán á Dios del título de *Dominus scientiarum* (3).

A la antropolatría convergen tan redoblados esfuerzos: ¡la eterna historia! Hoy han echado por opuesto camino; el resultado apetecido y siempre frustrado, idéntico. ¡Pero lección notable! Tras el desenfrenado idealismo germánico, el materialismo más brutal. ¡Qué actualidad encierran, como resumen de la historia filosófica de nuestro siglo, las viriles palabras de San Pablo: *Sic stulti estis ut cum spiritu coeperitis carne consummemini*; y las del salmista: *Homo, cum in honore esset, non intellexit, comparatus est jumentis insipientibus et similis factus est illis*.

Mal aconsejados espíritus, sin tener en cuenta ni nuestras gloriosas tradiciones ni el cuerdo ejemplo que nos dan naciones verdaderamente cultas, han desterrado de las aulas universitarias españolas el estudio de la Teología (4). Con la Teología salió la Metafísica escolástica y

---

(1) Lib. II, cap. 3.º

(2) Vid. Bossuet, *Connaissance de Dieu*, chap. V.

(3) I, Reg., 2.

(4) Por plagiar á Diderot, quien decía que el país donde la Teología no quedara reducida á dos páginas, estaba abo-

como nuestro entendimiento profesa instintivo horror al vacío, el hueco que ambas dejaron, lo ha llenado con multitud de errores, de vaguedades, de absurdos que donde más resonancia encuentran es precisamente en la Antropología.

Nada, pues, me ha parecido más oportuno para honra y gloria de Dios que cuando las sombras que nos invaden impiden ver los abismos que nos cercan, condensar en un panegírico las potentes irradiaciones antropológico-tomistas. Estudiaremos, por lo tanto, al hombre, ese estilista suspendido entre la tierra y el cielo, como le llamaba el elocuentísimo Lacordaire, á la luz de las enseñanzas del Angélico (1). ¿Qué argumento más levantado é interesante que saber á ciencia cierta lo que somos, nuestra historia, nuestro porvenir, nuestros destinos? Pero adelantaremos una protesta: mero estudiante de ciencias naturales y de filosofía, no esperéis de mí ni portentosos descubrimientos, ni sorprendentes arranques, ni geniales adivinaciones; mi papel es más modesto: No soy la luz; vengo sencillamente á daros testimonio de la luz (2).

Geógrafo de la eternidad, todo sacerdote se halla en el deber de marcar al mundo el derrotero indeclinable que guía hasta las playas donde mora Dios. Con la luz de la Antropología de Santo Tomás veremos la luz (3). Si; sobre

---

cado á grandes desastres. Alemania se encargó de la demostración.—(Cap. IX, *Les Allemands*, P. Didón.)

(1) *Psm.*, 118.

(2) *Joan.*, I, 8.

(3) *In lumine tuo videbimus lumen*. Como dice Gaudenzi: «Luce fu Tommaso per la sua vita; la quale fu si celestiale da specchio in corpo mortale la pureza degli Angeli: luce fu Tommaso per la sua sapienza, la quale fu si folgorante da farne il più fedele e potente campione dell'eterna Verità; luce

el tumulto de las pasiones desencadenadas, debe alzarse la voz del Angélico y en vista de que en torno nuestro todo se estremece y se declara guerra á muerte á la religión como contraria á la ciencia y al progreso, que él dirija á esta generación tan frenética como desgraciada, el piadoso ruego que Virgilio pone en boca de Eneas fugitivo:

*Dis sedem exiguum rogamus.*

Nos encontramos como en el asalto de Tiro, donde sólo se salvaron los que estaban en el Templo. ¡Que no lo eche en olvido la ciencia! Por lo demás, con la Historia Natural ocurre lo que con el agua de los ríos: no toda vuelve al mar; gran parte de ella se evapora y condensada sirve para beneficiar la región que el río, al parecer, indiferente cruzaba. ¡Dios me otorgue hacer lo propio con las lecciones que de vosotros he recibido!

Pues bien, así como hace tres años tuve el alto honor de demostraros que nadie ha contestado á la infantil pregunta de Santo Tomás: «¿qué es Dios?» como quien la formuló, así hoy con el auxilio divino pienso evidenciaros que nadie en lo fundamental, en lo incontrovertible, en lo subsistente, en lo no sujeto á enmiendas y rectificaciones acerca de la pregunta del salmista ¿Qué es el hombre? ha respondido mejor que nuestro protagonista: *Lucerna pedibus meis verbum tuum et lumen semitis meis* (1).

Esta es la segunda de sus mayores glorias, por lo cual debemos estarle eternamente agradecidos y admirar los tesoros de gracia con que el Señor se dignó adornarle y en-

---

fu Tommaso per la sua azione benefica à pro de la Chiesa, la quale fu si efficace da stendersi à tutte le età et le generazioni avvenire.—(*Panegirico del Santo.*)

(1) *Ps.*, 118.

riquecerle. Cuando Nuestro Redentor preguntó al ciego de Jericó qué deseaba, qué quería de Él, contestó sencillamente: *Domine ut videam* (1). *Vista, Señor*. Luz, luz, más luz... fueron también las palabras de Goethe moribundo. Que nos la conceda en vida nuestro Dios. Pero que sea de aquella que con sublime frase llamaba el Dante

*Luce intellectual piena d'amore!* (2).  
*Sedes sapientiae, ora pro nobis.*

DIOS TE SALVE, MARÍA.

---

(1) *Quid tibi vis, faciam? Domine, ut videam.* — (Luc., XVIII, 41.)

(2) *Paradiso*, canto XXX.



**S**i viéramos de condensar el actual movimiento heterodoxo, convendríamos, sin titubear, en que atravesamos por una triple crisis intelectual, moral y social. Y no he de ocultaros, por falsa modestia, que el Oráculo infalible de la Iglesia, el Vicario de Jesucristo en la tierra, el sapientísimo León XIII, al consignar la triple solución intelectual, moral y social, para esa triple crisis, ha reconocido explícitamente la actualidad viril de la Orden de Predicadores, pues en los elementos constitutivos de la misma, encontró su inspirada mente los medios de salvación. Del período glacial en que el egoísmo nos ha constituido, sólo puede sacarnos la elevación de la temperatura social; es necesario que cunda el fuego de la caridad que Jesús vino á prender en la tierra; que se realice la fusión de las dos grandes fracciones en que la humanidad se halla dividida; que el capital y el trabajo se den el ósculo de paz. Adorable síntesis que llevaría á cabo la difusión de las órdenes terceras, entre las cuales figuraría la de Nuestro Padre Santo Domingo. Así podría establecerse el reinado de la verdadera fraternidad cristiana, mirando y respetando el rico en la frente del pobre el signo de la

redención, y el pobre en la frente del rico, un como reflejo de la soberanía de Dios, para que amorosamente unidos, marchen cada uno dentro de su esfera á la realización del programa de perfección inacabable que Jesucristo tuvo á bien trazarnos, cuando nos dijo: *Estote perfecti sicut et Pater vester cælestis perfectus est. (Matth. V-48).*

La crisis moral sólo puede solventarse con la propagación del bien. Hay que hacer arraigar en los corazones la convicción de que este mundo es valle de miserias y de llantos; que la vida humana no es más que una sonrisa, una lágrima y una esperanza; que la felicidad es imposible alcanzarla fuera de los subidísimos consejos del Sermón de la Montaña, que el dolor es el crisol donde el alma se acendra y purifica; que son bienaventurados los pobres de espíritu y los limpios de corazón, y los que han hambre y sed de justicia y padecen persecuciones por la fé; que nada valen las tribulaciones de este mundo parangonadas con la eternidad de gloria que esperamos; pero todo esto, no de un modo ideal, sino sentido, practicado, vivo, real, tangible, sin que un solo misterio del corazón humano, ni el más recóndito de sus pliegues, ni la última de sus fibras, en una palabra, todas sus alegrías, todas sus penas, todas sus aspiraciones, todos sus castigos, dejen de tener su voz, su nota, sus gemidos, sus lágrimas.

Lo cual cumple á maravilla el popular poema del Rosario, áurea cadena con que mejor que la presentida por Homero, suspendió del cielo la tierra Nuestro Padre Santo Domingo. Así se evidencia el influjo eterno del sentimiento cristiano sobre la vida humana y se hace resaltar el íntimo enlace, la conexión nunca interrumpida que existe entre el cielo y la tierra, entre el alma que goza, sufre y aspira y el Dios que la ha creado, se ha encarnado y nos ha redimido, poniendo como límite á las miserias del

mundo, las inefables esperanzas de la gloria que empieza en la hora suprema de la agonía, cuando el alma está como suspendida entre la nada y la eternidad. De ahí el que uno de los más preclaros timbres del mejor de los Guzmanes, sea haber ceñido al mundo, propagando el Rosario, con un anillo ante el cual palidecería el rutilante que circuye á Saturno.

Finalmente, la solución de la crisis intelectual, raíz de todos los extravíos, de todas las defecciones, de los despistamientos dolorosos que deploramos, sólo puede hallarse en la amplia doctrina del angélico Dr. Santo Tomás de Aquino, cuya ciencia, por su alteza de miras, por su racionalidad, por su trascendencia, por su solidez, por su accesibilidad, por su procedencia, por su inspiración, por su veracidad, por ser una copia acabadísima en lo humano de la gran trilogía científica, el mundo, el hombre y Dios en todas sus relaciones y haber sorprendido la interna fecundidad de la divina esencia y la externa y varia producción del Cosmos y las gradaciones de los seres todos, desde el ente *prope nihil*, hasta el ente *prope Deum*, fotografian-do las manifestaciones y escenas más íntimas de la corporeidad, de la vida, de la sensibilidad y la intelectualidad, tiene derecho á ser considerada como el gran cinematógrafo de la creación.

Demostrémoslo, concretándonos á la Antropología.

## II

Es innegable que nos hallamos en pleno período antropocéntrico. Desde que á partir de Buffon y Blumenbach, la Antropología pudo declararse independiente, poniendo á contribución por su índole sintética á multitud de cien-

cias ya constituídas, la Biología, la Historia Natural, la Anatomía comparada, la Lingüística, la Arqueología, la Prehistoria, han dirigido sus investigaciones á fijar definitivamente el verdadero puesto del hombre en la Naturaleza.

Como las circunvoluciones del cerebro, replegándose sobre sí mismas, llegan á constituir un órgano al servicio del pensamiento, esas diversas ciencias se juntaron en un haz y se localizaron en la Antropología para que ésta fuera como el gran órgano del saber colectivo y universal.

Más he aquí precisamente la razón de las divergencias y polémicas sobre el particular suscitadas. Colocado cada investigador en un punto de vista restringido, han mirado al hombre parcialmente, y lo que peor es, de un modo exclusivista, y mientras unos sólo han visto en él un mamífero, otros le han entroncado con la mónera primigenia, otros han colocado la inteligencia humana en igual predicamento que las facultades cognoscitivas de los animales, otros han resucitado el *Homo Sylvestris* de Linneo, ideando el *Homo alalus*, *L'uomo delinquente*, el *Simia homo* sin que faltaran idealistas que pretendieran dar al traste con la personalidad humana. *Nequid nimis*: ni el estudio del hombre y de las razas humanas puede mirarse como una monografía zoológica al modo de la de Huxley sobre el *Astacus*, ni menos podemos echar en olvido la célebre frase con que Quatrefages terminaba su concienzudo tratado anatómico y fisiológico del hombre:

«*Memento te animalium esse*» (1).

Los positivistas parecen parodiar la respuesta del Du-

---

(1) Vid. el prólogo de la Antropología de Topinard y los Apuntes de las lecciones del Sr. Antón, actual dignísimo catedrático de Antropología en la Central.

que de Alba á Enrique II á propósito de la batalla de Muhlberg: «Tienen hartó que hacer en la tierra para divertirse en mirar al cielo»; los idealistas, como Alfonso el Sabio, de tanto mirar á las estrellas, dejan caer su corona de la cabeza. No; el verdadero antropólogo se halla en el confín de dos mundos, el de la experiencia externa y el de la interna; y ni como naturalista debe prescindir de los datos que le suministra la Zoología comparada, ni como filósofo, desentenderse de la Metafísica.

¡Singular contradicción! La Antropología apela á la Prehistoria y á la Arqueología para saber á qué atenerse en épocas anteriores sobre la condición y variedad de la vida humana en su naturaleza animal y racional; á la Geometría, para que revistan carácter matemático sus apreciaciones antropométricas; á la Lingüística, para no andar á tientas acerca del carácter del lenguaje; al Derecho y á la Política, para estudiar los Códigos y formas de Gobierno; á la Geografía zoológica, para apreciar el área de dispersión y los éxodos de las razas; ¿por qué, pues, no ha de pedir su valioso concurso á la Psicología, á la Moral y á la Religión y no andaría tan á tientas ni incurriría en tantos lapsus por lo que al triple carácter intelectual, religioso y moral se refiere, máxime cuando los mismos antropólogos más eximios los admiten? (1) El abismo (2) que entre el hombre y los Antropóideos reconocía Huxley, «á pesar de que su Anatomía comparada no le permitía aducir ningún carácter distintivo, no prueba la incompetencia de esta clase de estudios exclusivos para resolver el

---

(1) ¿Por qué se quiere separar de la historia natural del hombre, la historia de la parte más noble de su ser?—(Quatre-fages, citado por Proal.)

(2) *Great gulf.*

problema? (1). Si nos atuviéramos simplemente á la Zoografía, no ¿estaría en su derecho Dufour al sostener que ni *primo* era de los negros? Con bastantes menos diferencias de las que separan las especies universalmente admitidas por zoólogos y paleontólogos habría para crear unas cuantas en las razas humanas. De ahí que Vogt dé más importancia á la Geografía geológica que á la Morfología.

Nada tiene, en consecuencia, de extraño que los naturalistas no se hallen de acuerdo en asunto de tanta monta y transcendencia. Preguntadles: ¿qué es el hombre? Linné os dirá que una especie del género *Homo*; Bory de Saint Vincent, un género de la familia *Homínidos*, que Huxley llama *antropinos*; Blumembach, Lacépede, Dautenton y Cuvier forman con el hombre un orden aparte, orden que para Carus y Buffon es una clase; para Owen una subclase; para Geoffroy Saint Hilaire con la ciencia tradicional un reino; parecer al que se acuestan, aunque variando los motivos, Aeby, Serres, Fillippi, Quatreffages, etc., y por último viene Zenker, que ha formado con el hombre nada menos que un tipo (2).

¿Puede haber mayor anarquía? ¿Estará en los hechos la discrepancia? Ya tendremos ocasión de observar que con ligerísimas variantes, todos están contestes sobre el particular. Luego está en el modo de apreciarlos, en el criterio adoptado, en razones subjetivas. La verdad es que para esto no valía la pena renegar de la Metafísica. Harto sabemos que puede haber idealismo hasta en protestar

---

(1) En el hombre *hay alguna cosa más* que la vida animal. (Darwin, *Viaje de un naturalista al rededor del mundo*, página 535.)

(2) Vid. á Geoffroy Saint-Hilaire, que hizo la historia de las clasificaciones; y apuntes ya citados, tomados en clase del Sr. Antón.

contra todo ideal. A muchos naturalistas les pasa algo de lo del villano de Molière, que hablaba en prosa sin saberlo.

Y eso que en el caso presente la cuestión es, hasta cierto punto, de nombre dentro de las intransigencias de escuela. ¿Quién niega que el hombre es un vertebrado mamífero, placentario, arquencéfalo, anosmático y bimanó? Y no ha confesado el mismo Huxley que «el hombre no es en manera alguna sólo un animal», expresión que es la misma de Darwin, ya citada, y que concuerda con la de Aeby, que considera al hombre como «una isla en medio del vecino reino de los mamíferos»; con la de Vogt: «jamás los antropóideos llegan ni llegarán al tipo humano»; con la de Linneo, que si consultando á los caracteres físicos se ve en la precisión de incluir al *Homo sapiens* en la misma familia que al *Homo nocturnus*, cuando considera los caracteres intelectuales y morales «le ve revestido de la majestad divina, como el más perfecto de los seres, como rey de la creación y por quien fueron creadas todas las cosas»: con la de Buffon, que llega á decir: «Es el hombre de una naturaleza tan superior á la de las bestias, que se necesita estar tan ciego como ellas para poder confundirlas?...» Y nada digamos de Cuvier, de Prichard, y mucho menos de Geoffroy, de Carus, de Quatrefages y de Zenker, todos los cuales convienen en formar con el hombre un orden, ó clase, ó tipo, ó reino aparte: «el reino humano, admitido desde Aristóteles hasta nuestros días por los sabios más eminentes, y no por razones meramente teológicas, ni por un falso orgullo, sino por razones perfectamente científicas. (Quatref. pág. 157, tomo 1.º de *Les émules de Darwin*) (1).

(1) ¡Qué exagerado resulta Leturneau al estampar que *creer en un Reino humano es el sueño de un metafísico que*

Hoy, después de los brillantes trabajos realizados para la inauguración del Método natural, no basta apreciar una clase de caracteres y fundar sobre ellos la clasificación, sumando las analogías y no restando las diferencias. Para asignar al hombre su verdadero puesto en la Naturaleza, hay que estudiarlo íntegramente, no sólo como ser viviente, ni como vertebrado, ni como mamífero, sino como ser racional, moral y religioso, y entonces nuestros mismos adversarios lo confiesan; ningún animal puede yuxtaponérsele, de todos difiere, sobre todos se alza, semejante á la encina

... de qui la tête au ciel était voisine  
Et dont les pieds touchaient á l'empire de morts,

como dice Bouillier.

Debemos, pues, apreciar en el hombre todos los *hechos* y ver de no confundirlos, someterlos á rigurosa crítica, deslindando perfectamente el orden á que pertenecen y armonizándolos, atenernos estrictamente al resultado que de sí arrojen. Quien llevado únicamente de impresiones ópticas, creyera que el espectro solar se limita á radiaciones luminosas, menguada idea tendrá de tan complejo fenómeno. Cierto que no se *ve* más; pero el termomultiplicador de Melloni y las sales de plata se han encargado de revelarnos la existencia de otros dos espectros complementarios: el calorífico y el químico ¿y quién los pondrá en tela de juicio por la única razón de que no sea ninguno de los dos *visible*? (1).

*delira!* Y no decimos más que *exagerado*; no convienen todos los naturalistas en llamar al hombre *un ser excepcional*? Vid. Agassiz apud Quatref., *L'espec humaine*, pág. 117.

(1) Vid. Melloni: *De la identidad de todas las especies de rayos*, citado por P. Janet en el *Materialismo contemporáneo*, pág. 44.

Análogamente el alma es invisible: pero su triple espectro se acusa enérgicamente, ya que no sólo el ser inorgánico tiene el hombre común con los minerales, sino el ser orgánico con los vivientes y el espiritual con los ángeles. De ahí el que un santo Padre le llegara á aplicar el *omnis creatura* del Evangelio y se haya generalizado la veneranda expresión de microcosmos, siendo nosotros como el epílogo de la creación entera.

Hay que dar, por ende, cabida á la verdadera filosofía en el estudio del hombre. Ya se va notando loabilísima reacción en este sentido. Por algo el Sr. Antón Ferrándiz llama á la primera parte de su Asignatura «Antropología Filosófica», en la cual se ocupa de todas las cuestiones generales á la humanidad atañaderas. (Vid. etiam Duilhe, *Apología del Cristianismo*.)

Y véase cómo la misma ciencia se ha encargado de vindicar cumplidamente á los católicos de lo que se había dado en la flor de llamar error *antropocéntrico* ¿Por qué ha ideado Hæckel su monismo, sino porque al final de su utópico processus físico-químico ha puesto al hombre? ¿Por qué se ha cifrado tanto empeño en sustituir con la idea antropológica la idea teológica (1), sino por desentenderse de Dios? ¿Por qué tratan de implantar el tipo criminal Lombroso y sus secuaces, sino por eludir las responsabilidades de ultratumba y librar al hombre de la doctrina religiosa del pecado? (2). Si hay, pues, falta en ser antropocéntricos, no serán nuestros adversarios quienes puedan tirarnos la primera piedra. Y ya que hemos oído á la ciencia, dirijamos al angélico Doctor Santo To-

---

(1) Topinard, *Antropologie*, Chapitre I, pág. 11.

(2) *Prefacio del hombre criminal*, pág. XIII.

más la misma pregunta que hemos hecho á los naturalistas: ¿Qué es el hombre?

### III

Quien por deber ó vocación haya tenido que enfrascarse en la lectura de los Antropólogos meramente zoológicos, habrá experimentado por lo general inconsciente sensación de tedio y de disgusto. Y si después se ha entrado por las páginas de la Suma en busca de lumbre y mas seguros derroteros, de fijo se le habrá venido á las mientes la imagen bellísima de Platón cuando contemplaba á nuestra alma aherrojada en la tenebrosa cárcel de los sentidos (1), suspirando por remontar el vuelo hácia las serenas esplendentes regiones, donde imperan como soberanas las ideas. La atmósfera de animalidad que se respira, estudiando únicamente la parte física del hombre, es pesada, malsana, repugnante, como de sala de disección (Filippi).

El alma ahí se ahoga, sus energías se debilitan, la acometen hondos desmayos, es presa de infinitas nostalgias, y toda corrida y avergonzada en presencia de tan sistemáticas envilecedoras tendencias, concentra todos sus esfuerzos en suplicar garantías para que no la sigan disputando su codiciada corona. Entendimientos tan peregrinos, rayanos con los de los ángeles por su intuición y poder reflexivo y hábitos de estudio, y hasta su afán de la verdad (2), empeñarse en mermar sus propios tí-

(1) La filosofía nos enseña que el alma está realmente encadenada y retenida por el cuerpo, como en una prisión desde donde contemplá todos los seres. (*Alcibiades, in fine.*)

(2) ¿Quién puede dudar de la sinceridad que ha inspirado las siguientes palabras de Huxley en su Prefacio á la obra

tulos de gloria, en aplebeyarse, renunciando á su celeste abolengo, á sus encumbrados destinos, viéndose en sus actos, pero sin reconocerse, como le acontecía en el espejo á la cándida aldeana del cuento japonés; hablando en espiritual á pesar suyo, y acreditando con sus incertidumbres, y á veces espontáneas confesiones, las mismas verdades que suplantar intentan, parécennos príncipes mal aconsejados que sólo utilizaran el ascendiente de su regia estirpe y los poderosos medios que su posición les proporciona para aminorarse y enajenarse las simpatías del pueblo. Recuerdan algo á aquellos españoles en América, después de la conquista, más atentos á suscitarse dificultades y á destruirse mutuamente que á beneficiar las óptimas producciones con que aquella virgen tierra les brindaba.

De ahí la fuerza del contraste en la Antropología de Santo Tomás. El alma aquí se siente ya á sus anchas, bañada como se encuentra por ondas de inmortalidad,

---

*Man's Place in nature*, pág. XI, edic. de 1895: «*Veritas præcavebit: some day, and even if sche does not prevail in this time: he himsef will be all the better and the wiser for having tried to help her. And let him recollect that such great reward si full payment for all his labour and pains*». Debemos añadir, sin embargo, que la lámina en que se fotografían los esqueletos del Gibon, Orangután, Chimpancé, Gorila y el Hombre, no es exacta: están mal montadas (Vid. Quatref. en los *Emulos de Darwin*), y esto, nadie menos que Huxley debiera haberlo autorizado.

De Hœckel no nos extraña que falsificara los dibujos de los embriones, adulterando las figuras de los señores Hits y Semper (Vid. *La Evol. y la Filosofía cristiana*, del P. Arintero, nota de la pág. 523), pero de Huxley sí que nos ha sorprendido esa *incorrección*, aunque nos la explicamos por sus exaltaciones polemistas.

percibe sobre su rostro el hálito vivificante del Creador, brotan de su frente lampos de divina lumbre, fulguraciones de la faz augusta del Señor. Yo no puedo ocultaros la satisfacción con que en una de esas noches consagradas á tan interesantes vigiliás, hastiado de tantos nervios y músculos y huesos, causándome ya náuseas la vista de tanta carne, cerré á Huxley, y á Vogt, y á Hceckel, y á Topinard, cuyo estudio crítico venía haciendo, abrí la Suma y me encontré con estas palabras del angélico, que sirven de introducción á su clásico tratado. De Homine:

*Post considerationem creaturæ spiritualis et corporalis, considerandum est de homine, qui ex spirituali et corporali substantia componitur. Et primo de natura ipsius hominis; secundo, de ejus productione. Naturam autem hominis considerare pertinet ad Theologum ex parte animæ non autem ex parte corporis nisi secundum habitudinem quam habet corpus ad animam.*

¡Qué diferencia! No sólo el hombre es algo más que un cuerpo, que un animal, que un mamífero; ante todo no se le mutila, se le reconoce un alma espiritual, y por el íntimo nexó que la liga con el cuerpo se le franquean á éste las puertas de la Teología.

¡Y qué bien situado está el hombre! Varios célebres naturalistas (Huxley, Vogt, Büchner, Topinard, entre otros) han escrito sendos libros con el título *Lugar del hombre en la Naturaleza*, y ninguno ha conseguido en realidad su objeto. ¿Por qué? La razón es obvia; no quisieron partir de que el hombre *ex spirituali et corporali substantia componitur*; se abismaron en el estudio de la Anatomía comparada; acumularon parecidos, afinidades y semejanzas; hicieron caso omiso de radicalísimas diferencias, y sobre todo de la impresión del conjunto (Vid. Quatref. *Les émules de Darwin*), cerraron los ojos para no

ver la naturaleza sintética del hombre, y ahí están sus obras, rectificadas de día en día, suscitando continuas protestas, viviendo del escándalo para morir ignominiosamente en el olvido si de él no las sacaran, en medio de algún atisbo científico digno de encomio, las preciosas declaraciones que á veces la verdad las arrancara.

*E pur si muove*, que alguna vez hemos de citarlo nosotros; y el hombre sigue siendo el gran milagro y el más difícil misterio de la naturaleza, y por eso atrajo de preferencia las escrutoras miradas del genio de Santo Tomás.

Bien lejos de hacerle un puro espíritu como los antiguos platónicos y los modernos idealistas; bien lejos de hacerle pura materia ó un bruto transformado como los antiguos atomistas ó los darwinistas exagerados, admira Santo Tomás y demuestra en este ser privilegiado la existencia del centro de la creación, el vínculo, el compendio, la corona del universo; como que en él se dan la mano lo visible y lo invisible, la materia y el espíritu, la inteligencia y la inercia, la fuerza y la debilidad, la pesantez de la tierra y un rayo del cielo. Cuanto escribieron los más grandes filósofos sobre las facultades y operaciones del alma humana; cuanto dijeron acerca de la famosa fábrica del cuerpo que ella informa y gobierna; cuanto disertaron acerca de la unión apretadísima, mútuas relaciones y acción recíproca de estas dos sustancias, todo se encuentra en la Suma discutido, acrisolado, depurado á la luz de la enseñanza de la fe. Y cuanto ésta nos dice acerca de la constitución del hombre en el orden sobrenatural; acerca de nuestra elevación á este mismo orden y medios para alcanzar fin tan soberano; acerca de la desviación y desorientación de aquella meta sublimísima por la culpa original y sus efectos deplorables, todo está en la Suma

justificado, reconocido, confirmado por la razón. En las ventiocho cuestiones, desde la 75 á la 102 inclusive, que abarca el tratado *De Homine*, se trata además de la profunda filosofía de las pasiones que nos elevan ó rebajan, de los misterios del mal y del bien, de la virtud y el vicio, y se nos pinta el tipo moral y el ideal de santidad á que debe aspirar el cristiano por ser una imagen viviente del increado Verbo (1).

—¿*Quid est homo?*—pregunta el salmista; y responde: —*Minuisti eum paulo minus ab angelis;*—y la paráfrasis más acabada la encontramos en las dos primeras cuestiones; una contra los materialistas y otra contra los idealistas, de todas las edades, destructores de la unidad específica en el hombre.

---

(1) Quince cuestiones dedica á precisar la naturaleza del hombre y trece á su producción. Y como lo principal en el hombre es el alma, y en las substancias espirituales hay que estudiar la esencia, la virtud y la operación, trata en la primera del alma en sí misma y en la segunda del alma en su unión con el cuerpo. Consagra *siete* al estudio de las potencias del alma: una, considerándolas en general; después pasa á ocuparse de ellas en particular: (1.<sup>a</sup>) de las que llama *preámbula ad intellectum* (2.<sup>a</sup> cuestión); después, de las potencias intelectivas (3.<sup>a</sup>), y por último, de las apetitivas. Ya aquí trata: 1.<sup>o</sup>, del «apetito en común» (4.<sup>a</sup>); 2.<sup>o</sup>, de la sensualidad (5.<sup>a</sup>); 3.<sup>o</sup>, de la voluntad (6.<sup>a</sup>), y termina con el libre albedrío (7.<sup>a</sup>). Las *seis* restantes acerca de la naturaleza las emplea en el estudio de los actos y de los hábitos de las potencias intelectivas y apetitivas, únicas que al teólogo incumbe examinar. Pero como el estudio de las apetitivas pertenece á la moral, aplaza para la cuarta parte de la Suma su análisis y prosigue con el de los actos primero, y después con los hábitos de la parte intelectual. Ve primero «como entiende el alma unida al cuerpo (1.<sup>a</sup>); (2.<sup>a</sup>), «modo y orden de entender»; (3.<sup>a</sup>), «qué es lo que entendemos en las cosas materiá-

Destierra desde luego la idea de que el alma pueda ser cuerpo, minando así por su base el absurdo de los que sostienen que la materia es causa fundamental y primordial del Universo, considerando al alma en último término, como mero producto de los átomos ó del carbono (1).

¡Ah! no, no en manera alguna; un cuerpo no puede ser primer principio de la vida, por más que ya de antiguo *Philosophi imaginationem transcendere non valentes sola corpora res esse dicebant et quod non est corpus nihil esse*. La razón es: *alioquin omne corpus esset vivens*. La autogonía es inadmisibile (2), no es más que una hipótesis que

---

les»; (4.<sup>a</sup>), «cómo se entiende el alma á sí misma y á las cosas que en ella hay; (5.<sup>a</sup>), «cómo conoce á las cosas que sobre ella están»; (6.<sup>a</sup>), «del conocimiento del alma separada del cuerpo.»

Acerca de la *producción*, la estudia en sí misma, en su fin y el estado y condición del primer hombre. Acerca de lo primero, estudia la «producción del alma» (\*) (1.<sup>a</sup>); «la del cuerpo del varón» (2.<sup>a</sup>); «la de la mujer» (3.<sup>a</sup>); en la cuestión (4.<sup>a</sup>) «el fin de la producción». Finalmente, «estado y condición del primer hombre en cuanto al entendimiento» (5.<sup>a</sup>); «en cuanto á la voluntad» (6.<sup>a</sup>); «del don de justicia» (7.<sup>a</sup>); «de lo pertinente al hombre en cuanto al cuerpo» (8.<sup>a</sup>), donde trata de la «conservación individual»; «ídem específica», en la (9.<sup>a</sup>); «Condición de la descendencia humana en cuanto al cuerpo» (10.<sup>a</sup>); «ídem en cuanto á la justicia» (11); «ídem íd. en ciencia» (12.<sup>a</sup>), y «del Paraíso», en la (13.<sup>a</sup>).—(*Sum. Theolog.*, I, pág. 75 á la 102.)

(1) Vid. Hœckel: *Creac. natural*, pág. 297.)

(2) Quatref., pág. 67 y 68 del tomo 2.<sup>o</sup> de *Les émules de Darwin*. Vid. etiam Jousset., *Evolution y transformismo*, página 35, Palabras de Bichat. Vogt., *Leçons sur l'homme*, página 502. «La formation d'êtres organiques aux dépens d'une matiere primitive est encore anjour d'hui en dehors du do-

(\*) Sabido es que para Santo Tomás la palabra producción es aquí sinónima de *creación*. (Vid. *quest. XC*, art. II *et alibi*.)

tiene hasta hoy en contra todos los resultados de la experiencia y de la observación, y sólo admitida por el Profesor de Jena para excluir la fe en el Creador (Quatrefages, obra citada, tomo 2.º, pág. 71).

Sólo así se concibe que haya tenido la audacia de equiparar los cristales á los seres vivientes, porque convienen en crecer por adición de moléculas, omitiendo todas las diferencias que entre un ser orgánico y otro inorgánico establece la *nutrición*. Ni el mismo Darwin ni Lamark admitieron la identidad de los seres vivientes y minerales, y ambos convenían en afirmar que en el estado actual de la ciencia no se podía admitir la formación del más rudimentario viviente, merced á fuerzas solamente físico-químicas. La razón de Santo Tomás, por consiguiente, subsiste; la inercia de la materia no excluye que bajo la acción de extrínsecas fuerzas vitales pueda convertirse en órganos, pero de suyo, abandonada á sí misma, hoy no nos consta; *alioquin omne corpus esset vivens*. ¡Bravo por Santo Tomás!

No es, pues, cuerpo aquella otra parte del ser humano, inmutable, inmortal, infinita en sus anhelos, que se llama el alma, la que es fuente de inmensa luz, la que despierta el inefable goce del amor, la que lleva á los esplendores de la gloria, la que conmueve las delicadas fibras del cuerpo ante los progresos de la ciencia, la que inflama el ardor del héroe, la que reparte los dones de la caridad, la que confía en la vida eterna y la espera con esperanza consoladora; todo esto no es posible que sea re-

---

maine de l'observation et de la experience.» Vid. etiam Tindall, *Les Microbes, à Pasteur*, y mi *Memoria del Doctorado* sobre el *determinismo del Protoplasma* (en prensa), etc., etcétera. (Consecuencia de esta teoría fué la creación de la asimetría del cristal humano por la escuela italiana.)

sultado de la sutileza y disposición de células y fibrillas por intrincada y admirable que sea, ni del número y rapidez de las vibraciones moleculares ó de los movimientos del éter (1).

Es incorpórea, subsistente; el conocimiento intelectual arguye abierta inmaterialidad, independencia subjetiva de todo órgano corpóreo que limitara y restringiera la mente, impidiéndola conocer la naturaleza universal de todos los cuerpos, y en esto difiere esencialmente el alma humana del alma de los brutos. Estos no tienen acción ninguna independiente de la materia; todas sus acciones son del conjunto ó individuo senciente, y por lo mismo son particulares (2), mientras que el alma humana en su principal operación, el entender, tan sólo objetivamente depende de los sentidos, como la vista del color. Y no se aduzca en contra el cansancio natural, subsiguiente á la excesiva actividad cerebral, pues es, *per accidens, in quantum intellectus indiget operatione virium sensitivarum, per quam ei phantasmata præparentur* (3). Nadie tema, sin embargo, que por deferir tanto al alma atente á nuestra unidad; el hombre no es el alma sola ni el cuerpo solo, sino la resultante de ambos, como se induce de la definición de la especie humana, y de que el hombre real y verdaderamente entienda y sienta. Por lo demás, la subsistencia del alma la habilita para hacerse *quodam modo omnia* (4), recibir en sí las formas absolutas

(1) Calleja, Discurso contestación al del Sr. Cajal.

(2) L'animal ne sait pas ce que c'est qu'être par ce que son moi est perpétuellement disséminé et perdu dans la poussière infinitésimale de ses impressions.— (Alexis Bertrand, *L'Aperception du corps humaine*, pág. 319.)

(3) *Quæst.*, LXXV, art. 3 ad 2.<sup>um</sup>

(4) Q., 75, art. 2.<sup>o</sup> et alibi passim.



de los seres: no es, por lo tanto, compuesta de materia y forma, es incorruptible, subsiste ante la destrucción del cuerpo, y su natural deseo de perpetuidad no se verá frustrado. *Sensus non cognoscit esse, nisi sub hic et nunc, sed intellectus apprehendit esse absolute et secundum omne tempus, unde omne habens intellectum desiderat esse semper* (1). Por no haberse fijado en esto, yerra Quatrefages cuando sostiene que *l'animal a sa part d'intelligence, ces facultates fondamentales pour être moins développées que chez nous, n'en sont pas moins les mêmes au fond*. (2), y que entre nuestra inteligencia y la de los animales *n'aurait qu'une difference du moins au plus, il n'y aurait pas de phénomène radicalement nouveau* (3). Inscribe indefinidamente polígonos en un círculo, jamás llegaréis al límite; aumentad á placer la sensibilidad, jamás alcanzaréis el reino de la inteligencia.

Somos superiores á los animales pero sin convenir en especie con los ángeles, *non de visilibus congregantes divinam cognitionem*. (San Dionisio). Y esto nos indica que á pesar de toda su inmaterialidad, subsistencia, simplicidad é incorruptibilidad el alma es incompleta *in ratione speciei* (4); necesita unirse al cuerpo como forma haciendo que la operacion propia del hombre, *in quantum est homo est intelligere, per hanc enim omnia alia animalia transcendit* (5). Y existe sola en el cuerpo como reina en su trono

(1) Q., 75, art. 6, y en varios otros lugares. Vid. *L'espece humaine*, pág. 10, 13, etc.

(2) Locke, en su *Essay concerning Human Understanding*, afirma que los animales tienen realmente ideas, pero que carecen de la facultad de formar ideas abstractas ó generales.

(3) Vid. Vogt, obra citada, pág. 304, y Quatref, *L'Espece humaine*, págs. 10 y 13, *et alibi*.

(4) Vid. Zigliara, *Psicologia*.

(5) Vid. Toda la cuestión 76.

sin que haya menester de ninguna otra forma ni para darnos el sér corpóreo, en el cual convenimos con los minerales, ni para hacernos vivir como las plantas, ni para que sintamos como los animales, ni para que entendamos como los ángeles. A la manera que un número superior contiene á otro inferior y le excede y el pentágono contiene al triángulo y le excede, así las formas superiores contienen virtualmente cuanto se halla disperso en formas inferiores; lo cual no empece para que nuestra alma, como al fin es acto de un cuerpo orgánico que tiene en potencia la vida, difiera de los espíritus puros en que necesita sacar sus conocimientos de las cosas sensibles; por eso se completa específicamente, uniéndose al cuerpo del hombre sin intermediario de ninguna clase.

Y sobre ese cuerpo refluyen tales prerrogativas por entrelazarse con una sustancia espiritual que aunque parece débil se sobrepone á todas las debilidades, desnudo desafia todas las inclemencias, inerme vence á los animales mejor armados; sabe producir el fuego, fabricarse armas, construirse viviendas, sustraerse á los cambios atmosféricos, proporcionarse comodidades, refinar la industria, asombra con sus artes maravillosas; ¿por qué? Porque posee la razón y unas manos que llama Santo Tomás con Aristóteles *organa organorum quia per ea potest sibi preparare instrumenta infinitorum modorum et ad infinitos effectus* (1). Y esto no sólo el hombre civilizado sino el salvaje, el rudo, el degradado. Así en las edades paleolíticas como en las neolíticas, como en las actuales, siempre aparece la superioridad del hombre sobre el animal, de la inteligencia sobre el hecho brutal, hasta el punto de que si hoy mezclamos hachas, cuchillos y raspadores europeos

(1) I. p. *Quest 91, art. 3.º*

con sus similares de África ó América no hay quien los distinga de los Paleolíticos. (M. de Nadailhae).

Y todavía hay quien haya querido atentar contra unidad tan magnífica y soberana! Descartes, resucitando olvidados platonismos, la rompió, reemplazándola con su dualismo: teoría que encierra el principio y la causa de los «idealismos y dualismos posteriores, así como del ocasionalismo, de la armonía preestablecida, del mediador plástico y del influjo físico, inventados para explicar el comercio del espíritu con la materia, como lógica consecuencia de la destrucción de unidad en el supuesto». (Alejandro Pidal).

En un ser viviente, todo hay que tenerlo en cuenta, todo se encadena en apretada solidaridad. No percatarse de esta ley fundamental es renunciar á comprender la vida. Quién, para conocer la inmensidad de los cielos, quisiera definirlos en conjunto de estrellas, se engañaría. Lo que constituye el cosmos, no es la multitud de centros de que está poblado, sino la sabia fuerza que preside á la arquitectura de las constelaciones y hace de todos los soles, como de otras tantas gigantescas piedras, un edificio en que la variedad y el número nos suspenden menos que la unidad y armonía indestructible. Así, después de haber repudiado en nombre de la ciencia el materialismo bajo todas sus formas, rechaza en nombre de la filosofía todas las concepciones de un espiritualismo exagerado aunque se parapeten tras los nombres venerandos de Platón, Descartes, Malebranche y Leibnitz. Ved, por lo tanto, cuán acordes se hallan las disquisiciones antropológicas de Santo Tomás con las palabras del salmista; el hombre es un sér vivo que siente y piensa, uno de sus factores es la corporeidad, no es una inteligencia servida por órganos que se une al cuerpo como extrínseco motor al móvil, sino que

informa la materia, la eleva, la trasfigura y hace que si los pies del hombre descansan en el polvo originario, cuando alza su cabeza esconda su frente entre las nubes porque *paulo minus ab angelis minoratus est*. (Vid. *L'homme* del P. Didón, pág. 70).

#### IV

¿Y no es más que eso el hombre? *Gloria et honore coronasti eum*, prosigue David y la paráfrasis está en el tratado de las potencias. Tratado en el que, condenando de antemano el panteísmo germánico, se asienta el gran principio de que «Sólo en Dios se identifican las potencias con la esencia (1), y de que en nosotros, como en ningún otro sér, hay el máximum de división del trabajo». Precisa después la línea divisoria entre los séres (2) y pone de relieve que la característica del hombre es la racionalidad: cifrarla en la conciencia (*lex intellectus nostri*) (3) ó en la moralidad y religiosidad es desconocer que todos los oficios que desempeña la conciencia suponen entendimiento y que las facultades afectivas siguen en un todo á las aprehensivas.

Las potencias del alma no deben ser consideradas aisladamente sino unidas al alma donde todas radican. El alma obra mediante ellas y ellas obran en virtud del alma constituyendo así un principio único de acción; de suerte que el alma, entidad simple, está adornada *virtualitate quasi infinita*.

(1) Q. 77 art. 1.º y Q. 79 art 2.º

(2) *Modi vivendi*. Q. 76 art. 1.º

(3) *Conscientia, proprie loquendo, non est potentia, sed actus*.—*Sum. Theol.* Q. LXXIX art. XIII.

Además las potencias forman entre sí un conjunto armónico y escalafonado de motores y móviles que, á su vez pasan á motores, por la impulsión que reciben. Ningún motor llega á anular la espontaneidad de los actos privados de cada potencia subalterna. La actividad de la potencia preponderante se suma íntimamente á la actividad de la potencia imperada. V. gr. los actos de la voluntad, procedentes de una inteligencia elevada, vienen á estar como impregnados de esa misma elevación; Aristóteles hubiera empleado la palabra *informados* en vez de impregnados.

Las potencias psicológicas, conocimiento y apetito, se superponen en dos pisos ú horizontes. En el inferior la percepción sensible que comienza por ser percepción particular, después sensación comparada en el sentido común, después imagen, recuerdo, experiencia, en fin, en las facultades respectivas y siempre sensibles, de la imaginación, la memoria, estimativa ó sentido apreciativo de lo singular. A la percepción sensible corresponde como el rayo reflejado al incidente, el orden sensible apetitivo cuyas once pasiones se coordinan según dos líneas (con cinco y seis pasiones respectivamente); la línea de las pasiones violentas cuyo jefe es la cólera y la línea de las pasiones tranquilas á cuya cabeza está el amor. Grupo irascible y grupo concupiscible, en términos escolásticos (1).

En el horizonte superior, la voluntad, apetito consiguiente á juicios racionales, impera al mundo del apetito sensible. Intervención de naturaleza eficiente y formal á la

---

(1) El *Tratado de las pasiones*, de Santo Tomás, es una de las partes más originales de su moral. Bossuet lo ha explotado en grande. M. Gardair también lo ha puesto á contribución en su reciente obra *Les passions et la volonté*.— Vid. *Rev. Thom. Mars.* 1896, p. 73.

vez; eficiente, por la condición de la voluntad; formal, á causa de la inteligencia cuyo instrumento es la voluntad. Al mover mi mano en una dirección determinada, ejecuto un acto que supone, primero, una impulsión motriz; segundo una idea, directiva, fruto de una facultad de conocimiento.

La jerarquía completa de las facultades psicológicas se manifiesta en el orden de dependencia siguiente: inteligencia, voluntad y apetitos concupiscible é irascible. Este orden general de dependencia no impide á las potencias inferiores reaccionar sobre las superiores hasta cierto punto; pero siempre, en virtud de alguna moción previa se verifica la reacción, y en resumidas cuentas, el orden que arranca de la inteligencia, se continúa por la voluntad y finaliza en las potencias inferiores, es quien pronuncia la última palabra. Si alguno se resuelve á trabajar por la adquisición de una virtud, por ejemplo: la tranquilidad ante los vulgares accidentes de la vida, es por haber aprehendido anteriormente como un bien la serenidad y sosiego del ánimo; lo cual supone también una rectificación en la parte irascible, merced á la virtud de fortaleza. La subordinación de las potencias es compatible con un entrecruzamiento en sus actos. En último análisis, hay que remontarse á una primera aprehensión del fin, seguida de una volición inicial que promueve un juicio discretivo de los medios conducentes para conseguir el fin; sigue después la opción por un medio determinado que al llevarlo á la práctica nos conduce á la posesión de lo que deseábamos conseguir (1).

Hay, por lo tanto, que concebir la sucesión de estos actos como proviniendo de arriba á abajo y paralelamente.

---

(1) Vid. Goudin: *Ethica*: cap. II, art. 3.º

te, pero de tal modo, que cada acto de la inteligencia aparece como principio determinante y obligado antecedente del acto de la voluntad correlativo, y cada acto de la voluntad como principio determinante y antecedente obligado del acto intelectual subsiguiente.

Únicamente la percepción sensible se sustrae á este orden y no cae bajo el dominio de la voluntad. La percepción sensible es condición preliminar de todo conocimiento, ya que no causa, pues hay una potencia, el entendimiento agente, encargada de legitimar el paso de la imagen sensible á idea intelectual; y sólo entonces comienza la gran jerarquía psicológica humana, pues el hombre no es dueño de sus actos sino por la idea racional y la libertad que en ella descansa. Se ha acusado por esto á la escuela tomista de espiritualizar la materia, de intelectualizar los fenómenos, ó materializar el espíritu. Nada más injusto. Si nosotros no somos las sensaciones, es innegable que las sensaciones nos pertenecen lo mismo que las ideas. No hay que menospreciar la vida animal, pues es también vida del alma; la luz no deja de ser luz, esto es, lo que hay de más bello en la naturaleza, por deformarse que fuera el espectáculo que iluminara. Aplicando aquí una ingeniosa comparación de Kant, podemos decir que nuestro espíritu tiene que apoyarse en la materia, como rauda paloma que hiende el aire con la velocidad de la flecha, encontrando un sustentáculo precisamente en el elemento que le opone en su marcha resistencia; suprimid el aire, haced el vacío, y la paloma cae y muere. El hombre no puede impunemente usurpar el papel de ángel ni de bestia. Si lo segundo le degrada, lo primero le extravía. (Vid. Alexis-Bertrand, *L'Aperception du Corps Humaine*.)

La enumeración de los cinco sentidos externos y los

cuatro internos, sensorio común, imaginación, estimativa y memoria que poseemos como los animales, no sólo para percibir las sensaciones y ordenarlas, sino para aprehender las intenciones y retenerlas, al paso que elevan al animal sobre las máquinas, explican perfectamente que no es necesario concederles inteligencia. Mucho se ha discutido en nuestros días este punto, que para algunos se reduciría á mera cuestión de palabras, si de las palabras á veces no se quisiera abusar en provecho de banderías determinadas (1). La mente de Santo Tomás no encierra equívocos de ninguna especie, no puede estar más terminante: *Considerandum est autem quod quantum ad formas sensibiles non est differentia inter hominem et animalia, similiter enim inmutantur á sensibilibus exterioribus; sed quantum ad intentiones praedictas differentia est: nam alia animalia percipiunt hujusmodi intentiones solum naturali quodam instinctu, homo autem per quandam collationem. Et ideo quæ in aliis animalibus dicitur aestimativa naturalis, in homine dicitur cogitativa quæ per collationem quamdam hujusmodi intentiones adinvenit; unde etiam dicitur ratio particularis; est enim collativa intentionum individualium sicut ratio intellectiva est collativa intentionum universalium.* Lo que ocurre á la estimativa humana ocurre á la memoria, que pasa á ser reminiscencia, como la imaginación, fantasía. Y no son para olvidadas estas palabras de San Agustín: *Illud quo homo irrationabilibus animalibus antecellit, vel est ratio, vel mens, vel intelligentia, vel si quo alio vocabulo commodius appellatur* (2). Concedemos de buen

(1) Vid. C. de Kirvan, *L'homme et l'animal*, *Revue Thomiste*, Mayo del 95.

(2) Q. 79, art. 8.º, etc. T. 77, art. 7.º, dice: *Sensus est quædam deficiens participatio intellectus.*

grado que en los animales hay sensación, formación y asociación de imágenes, pasiones, sentido íntimo, conciencia, porque *sentiunt se sentire*, y distinguen perfectamente lo útil de lo nocivo; pero los argumentos de Quatrefages y demás naturalistas, contra quien militan es contra el automatismo de Isaac Pereira y de Descartes, no contra nosotros, que llegamos á admitir con nuestro Doctor que *Habent bruta judicium ordinatum de aliquibus; sed hoc judicium est eis ex naturali aestimatione non ex aliqua collatione, cum rationem sui judicii ignorent*. (Quæst. disput. de Veritate; xxiv, art. 2.º)

¿Cómo ha de haber sólo diferencia de cantidad entre la razón y la facultad cognoscitiva de los brutos, que ni es susceptible de progreso, ni de perfeccionamiento? ¿Cuándo se ha visto que el animal como el hombre, invoque principios generales y los aplique y deduzca fecundas consecuencias, tenga conciencia de la moralidad, de la justicia, de la religión, conserve el culto de sus antepasados, crea en otra vida superior y exclame instintivamente con el poeta: *non omnis moriar*; tenga conciencia plena y refleje de sus actos y le sea dado encarnar por medio de la palabra sus concepciones, y por la imprenta estereotipar su fugitiva palabra? Funciones tan diversas, tan complicadas, tan transcendentales, tan superiores á la materia, tan independientes del tiempo y del espacio, sufren el más superficial parangón con el estacionamiento, la rutina, la exigüidad de medios de comunicación, el particularismo, lo limitado del horizonte de la sensibilidad? Multitud de especies contemporáneas del hombre han sucumbido, víctimas de los rigores del medio, faltas de recursos para eludir las condiciones climatológicas, ó triunfar de sus adversarios, ó extender su área de dispersión; el hombre ha sabido desafiar las inclemencias atmosféricas, las multiplicadas conjura-

ciones de sus enemigos, las diferencias de latitud, y con una facilidad de adaptación pasmosa, jamás ha reconocido fronteras, ni se ha visto necesariamente localizado, y con un dominio sobre cuanto le rodeaba sorprendente, poniendo á contribución los imperios inorgánico y orgánico ha dominado á las bestias feroces, á las extremosidades de temperatura, habita en todas latitudes y bajo todos los meridianos, salva toda clase de barreras, y desde su aparición se ha sobrepuesto á toda suerte de adversidades, mostrándose como dueño indiscutible del universo, merced á la soberanía de su privilegiada razón. ¡Gloria de que en vano se le pretende despojar!

Íntimamente relacionado con este caracter se halla otro, honorífico en extremo, nuestro más valioso timbre, el florón máspreciado de nuestra corona: la libertad; el don más portentoso entre los portentos divinos, como le llama Donoso Cortés. En nosotros existen dos clases de apetito, sensitivo é intelectual; según las dos clases de conocimiento que poseemos (1), y de que ya hemos hablado, Santo Tomás dice que las pasiones *subduntur imperio rationis quae potest mitigare vel instigare affectum appetitivae virtutis*. (Q. 81, art. 3.º, *et alibi*.) Hoy se trata de socavar el fundamento de la moralidad, entregando al hombre sin voluntad eficaz ni libertad á la triple influencia de la raza, del medio y del momento, de quienes somos fatalmente esclavos ó víctimas. Desaparece, por lo tanto, la responsabilidad, la idea del cumplimiento del deber, pues la «imperfección innata del hombre es una cosa tan natural como el que aborten los estambres de una planta, como las irregularidades frecuentes de las

---

(1) Q. 78, art. 1.º, *Utrum quinque genera potentiarum animae sint distinguenda*, et q. 80, art. 2.º